

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—
Magdalena, poesia, por Larmig.—¡Hay más allá!
novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Leonti-
na, por Matilde Bourdon.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

Presentémosnos á ella con el decoro que tiene derecho á exigir de nosotros; pero por complacerla, no sacrifiquemos nuestro bienestar, ni el bienestar presente y futuro de nuestras familias. Considera sobre todo, que esa misma sociedad que con su ejemplo nos estimula al lujo, por una especie de reaccion de su buen sentido, anatematiza luego á la mujer que se deja estraviar por sus halagos. Verdadera Circe, que atrae con su armonioso canto á los inciertos navegantes, para conver-

tirlos en víctimas de su saña! Tápate como Ulises los oídos con cera, y arregla tu conducta á lo que te dicte la razón.

Además, la ostentacion, de cualquier género que sea, irrita el amor propio ajeno, y la mujer que haga gala de ella, pierde en benevolencia lo que problemáticamente pueda ganar en atractivos. Si es el deseo de agradar lo que nos anima al hacer la eleccion de un traje, siempre deberíamos escogerlo serio y modesto, como el único á propósito para conseguir nuestro objeto.

Viviendo en sociedad, seria un desprecio hacia ella el no adaptarse á la moda que nos impone.

Para conseguirlo, lo mejor es hacerse muy pocos trajes, y esos buenos, y ponérselos siempre, interin dure la moda. Por lo tanto, al hacérselos, aunque no se tenga en cuenta las extravagancias de esta reina caprichosa, es preciso sin embargo escoger, y conformarnos con aquellas de sus leyes que nos parezcan más sensatas. Es decir, que si hay dos ó tres hechuras de moda, escogeremos aquella

que ocasione ménos gasto y que se preste luego á una fácil compostura.

Del mismo modo al comprar una cosa, sea la que se quiera, siempre debemos tener presente el destino ulterior á que podrá destinarse cuando haya cubierto su perentorio objeto, prefiriendo, aunque nos cuesten mas, aquellas de las cuales se podrán sacar algunas ventajas luego.

Lo repito, Enriqueta: el comprar lo mejor y lo más útil, el reponer á tiempo los objetos usados, el conciliar la elegancia con las necesidades verdaderas, el no abandonarse nunca á los caprichos del momento, el no ceder á la tentacion de adquirir lo supérfluo, por insignificante que sea su valor, y el sacrificar los gustos á la razon y á lo que es más conveniente, forman una verdadera y utilísima ciencia, la mas difícil de poner en práctica para una ama de casa, la que requiere más cálculo y estudio, y la que produce mayor suma de felicidad general, pues el comprar bien y con oportunidad es acaso el primer elemento de la economía doméstica. Trabajo tanto más im-probo, cuanto que tiene que amalgamar entre sí una virtud y un vicio, para que de su reunion salga el bien; tienen que amalgamarse y confundirse la avaricia y la largueza, de modo que formen una sola cosa.»

Oigo en el patio la voz de la importuna del otro dia. Ya te contaré los estraños lazos que nos han unido á ella. Quiéreme como te quiero, y adios.

XXV.

Mientras la abuela hablaba así, Ambrosilla habia ido sacando de uno de los armarios todas las prendas de vestir, de abrigo, que ya iban á ser relegadas al reposo hasta el invierno venidero.

Pasamos á estos objetos la mas minuciosa revista, mientras la abuela consultaba un estado que tenia en las manos, anotando en él las piezas que mostraban por la transparencia del tejido sus reiterados años de servicio, y que poníamos aparte, concediéndolas un honro-

so retiro, y las inválidas, á las cuales era preciso curar de sus heridas, si queríamos que prolongasen su existencia venerable.

Las que se hallaban en buen estado las fuimos doblando cuidadosamente y formando paquetes en medio de los cuales pusimos alcanfor, que es el mejor preservativo contra la polilla, envolviéndolos luego en sabanillas blancas y perfumadas.

—Estos paquetes, dijo la abuela, se ponen cada uno en su sitio correspondiente, el cual está marcado én mi lista, y de este modo, sin necesidad de revolver, sé dónde están todas las cosas. Este es el trabajo de un dia, y luego cuánto descanso proporciona!

Las prendas que necesitan alguna reforma se componen al instante y se guardan de la misma manera; pero aquellas que deben reemplazarse por otras nuevas no se reponen hasta la entrada del invierno, para que su hechura guarde armonia con la que nos quiera imponer entonces la caprichosa moda.

Así lo hice al caer las últimas hojas, y ahora no he tenido mas trabajo que el de consultar mi estado para saber cuáles eran las prendas cuya adquisicion se habia hecho necesaria.

Cuando hubimos concluido nuestra tarea con la ropa de vestir, pasamos á la blanca, procediendo del mismo modo. Pusimos tambien aparte todas las prendas que estaban fuera de uso, clasificándolas: es decir, formando paquetes de camisas de hombre, camisas de mujer, servilletas y toallas.

—Todo lo que es de hilo, repuso la abuela, lo guardo como cosa preciosa, pues es de suma utilidad en las casas; lo demas lo vendo, así como los trajes de deshecho.

Yo abrí desmesuradamente los ojos.

—Sí, los vendo; prosiguió sonriendo, pero no me avergüenzo de este comercio porque lo hago para los pobres.

(Continuará.)

Angela Grassi.

MAGDALENA.

Venid á contemplar de la Judea
 los montes escarpados;
 los áridos desiertos abrasados,
 y del tranquilo mar de Galilea
 los bordes esmaltados
 con fragantes vergeles
 de azucenas, de nardos y claveles.
 Riega el Jordan undoso,
 rey de los ríos raudos y caudaloso,
 estendidas y fértiles praderas,
 cuajadas de olivares,
 de cedros seculares,
 de altísimas y lánguidas palmeras.
 De Samaria subid á la colina,
 de Tabor á la cumbre magestuosa,
 corona de la sien de Palestina,
 escuchad del Cedron la tormentosa
 corriente cristalina
 rompiéndose en arroyos y cascadas;
 id de Gethsemani al huerto ameno,
 de jugosas granadas
 y perfumados terebintos lleno.
 Mas el paso tened! la amarillenta,
 la muerta mar por el oriente asoma,
 laguna macilenta
 que cubre el llano que manchó Sodoma:
 nunca el céfiro agita
 de aquella mar de plomo el quieto seno,
 ni pez alguno habita
 su agua impregnada de fatal veneno.
 Y si el ave parlera
 inquieta ó atrevida el aire hiende
 y sobre el muerto mar las alas tiende,
 sin vida queda en la fatal ribera.
 El pobre albergue de Belen dichoso
 ved, y de Jericó la flor temprana,
 y en el desierto cálido, arenoso
 seguid el perezoso
 paso de la adormida caravana.
 Ya de Jerusalem el alto muro
 pintase en el oscuro
 y lejano orizonte:

La escogida ciudad, la ciudad santa
 al pié de estéril, ceniciento monte
 la régia sien con magestad levanta;
 la ciudad del profeta,
 la que ensalzara en cántico armonioso
 David, el rey poeta,
 la perla del oriente
 donde alzó Salomon el portentoso
 templo al Omnipotente,
 que todo un pueblo fabricó, anheloso
 de hacer á Dios magnífico presente.
 De la alma paz bajo la verde oliva
 acrece su opulencia y su grandeza,
 la asiática riqueza
 con que se adorna la ciudad altiva:
 de la Arabia los rápidos corceles,
 del Egipto las mieses abundantes,
 de las fieras de Libia rubias pieles,
 vinos de Chipre, de Indostan diamantes,
 de Persia los brocados,
 los mármoles de Italia celebrados,
 del Libano los cedros y nogales,
 y en profusion espléndida hacinados
 oro de Ofir, záfiro y corales.

Viven allí bellísimas mugeres,
 las de morena tez, y ojos rasgados,
 las del erguido y elegante cuello,
 de dientes nacarados,
 aguileña nariz, ojos rasgados,
 mugeres hechiceras
 con la suelta esbeltéz de las palmeras,
 de formas torneadas
 cual estatua de Fidias modeladas,
 y entre todas descuella
 como en florido Eden rosa encendida,
 Magdalena la bella
 de mirada atrevida,
 de turbulenta y agitada vida.
 Cuando lanzando el sol destellos rojos
 se sepultaba en el mar, de su morada
 vedla salir: de fuego son sus ojos
 y es su boca la flor de la granada,
 la túnica azulada
 con áureo cinturón vá recogida,
 con sandalia oprimida
 sujeto su pié breve
 pequeño prisionero
 nítido como el ampo de la nieve:
 blanco velo ligero
 mas señala que cubre los hechizos
 de su turgente seno levantado

y ondula por la espalda el destrenzado
 luengo cabello en vaporosos rizos.
 Y esa hermosa tan joven y gallarda
 es cincelado vaso de oro puro
 que solo flores agostadas guarda,
 ruina que cubre diamantino muro.
 Sin escuchar la voz de los deberes
 es su idea constante
 fingir pasiones, inventar placeres
 y en pos de la ilusión correr amante.
 Sirena engañadora,
 tierna y risueña hora
 se muestra, hora doliente.
 Ya la máscara adopta seductura
 de modestia inocente,
 ya lánguida, indolente
 sobre lecho de flores reclinada
 suspira del amor dulces pesares
 como la enamorada
 esposa del cantar de los cantares,
 danzas, festines, vino
 y falsas alegrías
 llevando van sus miserables días
 en rápido y revuelto torbellino:
 y si al dejar la fiesta bulliciosa
 hondo temor de su alma se hace dueño,
 piensa que la conciencia que la acosa
 solo es fantasma de mentido sueño.
 Así de aquella envilecida hermosa
 pasan los breves años
 no esentos de dolor ni desengaños;
 que ni por senda fácil ni escabrosa,
 ni en marcha pronta ni con paso tardo
 se arriba en este mundo á la ventura
 ni ciñe la hermosura,
 para quebrar de la desdicha el dardo,
 damasquina armadura.

(Continuará.)

LARMIG.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION.)

Nina suspendió el canto.

Sus ojos dilatados se fijaron con insistencia en aquel lienzo, sus labios quisieron modular una frase, pero solo dejaron escapar un grito agudo, llevó las manos al corazón y cayó sin sentido sobre la alfombra, antes que ninguno de cuantos se encontraban allí cerca tuvieran tiempo de sostenerla.

El cuadro que tal trastorno causara en la pobre niña era un retrato de cuerpo entero de don Diego, el hijo malogrado del Marqués del Prado.

En aquellos concurridos salones se sucedió, como era consiguiente, un momento de confusión indecible.

Por todas las bocas circuló un nombre solo, en todos los labios se oyó una sola pregunta.

¿Qué pasaba? ¿qué había ocurrido á Nina?

Adriani, que estaba más cerca, fué el primero en levantar á la niña del suelo, y con asombro y consternación vió su blanco vestido salpicado de sangre y notó que de sus pálidos labios se escapaban algunas gotas aun.

El maestro miró á todas partes con espanto.

—Dios mío! hija mía! ¿qué es esto? murmuraba sin darse cuenta de lo que sentía, y levantando á Nina en sus brazos como á un niño dormido.

Clara se adelantó por medio de los convidados y viendo lo que acaba de pasar.

—Oh! Condúzcala V. aquí, á mi gabinete, dijo señalando al maestro una puerta cercana. Colóquela V. en mi lecho, hasta ver si vuelve en sí.

—Albareda! exclamó Adolfo dirigiéndose á un joven distinguido y de noble aspecto, que acababa de recibir un título de médico de la armada. Albareda, ven: y tú que eres un sabio podrás prestar los primeros auxilios á esta señorita.

El joven saludó cortésmente, y siguió á Adriani y á Clara, mientras la madre de esta decía á los convidados que se agrupaban en derredor:

—Esto no será nada, señores, un accidente imprevisto que nos priva del gusto de admirar otra vez á la gran artista, pero yo creo que es

una cosa pasajera y sin importancia, y el baile puede continuar.

Algunos siguieron el consejo de la señora de Montemar, y la música que se escuchó de nuevo, devolvió á la concurrencia la animacion y la alegría alterada por un momento.

Entretanto Nina sin conocimiento y más blanca que los encages de su vestido, yacía reclinada en el elegante lecho de la señorita de Montemar.

Albareda de pié junto á ella, aplicaba á su nariz un pomito de esencias que Clara habia puesto en sus manos, mientras una doncella aflojaba los vestidos de Nina y la cubria con un abrigo.

Adrianesi desconcertado y sombrío, dividia su atencion entre su amada protegida y el médico que la examinaba atentamente.

De pronto la niña se estremeció, su pecho se levantó un instante para aspirar con más libertad, y el movimiento de sus manos, que llevó al pecho por un instante, anunció que la vida volvía á circular por aquel cuerpo inanimado.

Mas ¡ay! que con aquel pequeño esfuerzo, los labios de Nina volvieron á teñirse de sangre, y al tratar de incorporarse en el lecho, vuelta en sí casi, algunas rojas vocanadas, fueron á manchar la alfombra y el abrigo que la envolvía.

—Nina! hija mía! ¿qué tienes? exclamó el maestro tomando su mano con afán.

—Oh! señor! murmuró la niña medio trastornada aun: ¡era él! era mi padre! no hay duda!

—Qué dice? preguntó Clara con asombro.

—Delira! respondió Adrianesi, más alarmado aun.

—Nó, nó; exclamó Nina con más energía de la que podía suponerse en su estado. No deliro; aquel cuadro representa á mi padre. Sí, era él, no me cabe duda!

Albareda que tenia apoyados sus dedos en el pulso de la enferma.

—Tranquilícese V. señorita, la dijo: cualquier alteracion puede serla muy fatal en su estado, y yo le ruego que se calme.

Aquella voz desconocida hizo que Nina volviese completamente á la realidad, y recordando cuanto habia pasado y dirijiendo una mirada en torno.

—Pero, ¿dónde estoy? exclamó, qué es esto? por qué me encuentro en este cuarto, en esta cama que no es mía? Y... ah! gritó con espanto mirando, su vestido y su pañuelo. ¡Sangre, sangre! ¿qué me ha pasado?

—Cálmese V. dijo el médico; una breve indisposicion... las luces, el canto... algun esfuerzo, alguna emocion demasiado violenta; pero esto pasará, yo se lo aseguro, esto no será nada.

—Sí, hija mía! se apresuró á decir Adrianesi: dentro de algunos momentos estarás en estado de que volvamos á nuestra casa y allí...

—Oh! eso es imposible por esta noche, dijo Albareda interviniendo en la conversacion, y mi deber de médico me obliga á declarar que sería peligroso en extremo mover de aquí á esta señorita.

—Ni yo lo permitiría, dijo Clara vivamente, y estoy segura que mi madre tampoco. La cedo mi habitacion por esta noche y aun despues de despedir á nuestros convidados, vendré á colocarme en este sillón para velar junto á ella.

—Está decidido: ahora voy á recetar algunos medicamentos precisos, que creo que la harán bien, dijo Albareda. Sobre todo mucha quietud, mucho reposo: estoy seguro que algunas horas de sueño la servirán más que todas las drogas prescriptas.

El doctor se dispuso á salir de la estancia.

Adrianesi le siguió hasta la antecámara y allí le detuvo preguntándole con afán si ofrecería peligro alguno la dolencia de su protegida.

—No puedo responder con entera seguridad, contestó el joven médico. Mañana examinaré detenidamente á esa niña ¡y le podré dar cuenta de la verdad de su situacion.

—Pero esta noche...?

—Con las bebidas que le he ordenado dormirá, reposará seguramente.

—Oh! Dios haga que su mal no sea grave.

—Es V. su padre, caballero?

—No, no señor, pero la amo como si lo fuese, y me intereso tanto por ella!

—Ha sido siempre feliz esa joven? no ha sabido lo que son privaciones en la vida? preguntó el médico pensativo.

—Por desgracia la niñez de Nina ha sido muy triste; ha trabajado y sufrido mucho.

—Entonces, murmuró Albareda, el mal viene de muy atrás y será más difícil remediarlo.

—Más difícil!

—Ya he dicho á V. que hasta mañana de nada puedo responder.

El médico volvió á los salones, y Adrianesi tornó otra vez al lado de la enferma.

Cuando el doctor apareció de nuevo entre los convidados, multitud de personas le cercaron haciéndole todos mil preguntas acerca del desmayo de la joven, y de las causas que lo habian producido.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(CONTINUACION)

«Por otra parte, mi Juana es mi pequeña providencia. Estuvo indispueta hace algunos días; yo estaba sumamente intranquila, y René compartía conmigo mis temores. Una noche me vió llorar, lo que traté siempre de evitar en su presencia. Acercóseme, y me dijo en un tono que revelaba un profundo pesar interior:

—«¿No la encuentras peor?

—«No, le dije, no es más que una indisposición, pero padece mucho.

—«Y tú estás muy intranquila, me contestó con un acento más benigno que de costumbre. Véte á Misa mañana, Leontina, esto te calmará.

«Díle las gracias con efusión, pues no esperaba semejante favor. ¿No es esto una gracia muy rara en mi vida? Sin embargo, no es la única que mi hija me ha obtenido; días pasados oyó hablar de la miseria de una pobre viuda de la vecindad, ¡Con qué gracia el angelito solicitó á su padre, de quien obtuvo dinero para su protegida! Las dos fuimos á socorrerla; hubo fiesta en la buhardilla y también en mi corazón. La miseria era mayor de lo que se nos había manifestado; Juana volvió á pedir: es irresistible; su padre también volvió á dar. Más aún: Julia, que no tiene costumbre de pensar en los pobres, no pudo menos de ceder al elocuente candor de mi Juanita.

—Pero tú tienes ya dinero: tu papá acaba de dártelo.

—«No basta, prima. ¡Venga V. á ver á mi pobrecita, y entonces dará, estoy segura!

—«Sin embargo, yo no soy tan rica, Juana.

—«¡Oh! prima, dijo levantando el dedo; el otro día me enseñó V. unos brillantes tan hermosos; V. es muy rica y generosa.

«Iba yo á interrumpir el diálogo, cuando ví que Julia había cedido poniendo su ofrenda en el cestito que Juana le tendía, con la elegante cortesía de una señora encargada de recoger limosnas.

—«A tí es á quien doy y no á tus pobres, ¿en tiendes? Puedes darles una limosnita, y luego con el resto comprarte dulces, ó suscribirte á

ese pequeño periódico ilustrado que te gustaba, ¿sabes?

—«No, no, todo es para ellos, ya les encargaré que la encomienden á Dios, prima.

«René cogió la niña para abrazarla; la quiere con frenesí. ¿Cómo, estando tan unidos en este sentimiento, discordamos en todos los demás? Las pasiones lo han arrebatado lejos de mí, lejos de nuestro hogar; no ha querido soportar un yugo que tan suave es para dos corazones bien unidos; pero, ¿qué tiene de extraño, cuando entre nosotros se ha abierto un abismo tan profundo...? El amor de nuestra hija no basta para llenarlo, sería necesario el amor de Dios...

«Yo no ceso de preguntarme cual podrá ser la causa de haber perdido el corazón de René. He tenido faltas secretas, faltas de pensamientos, grandes delante de Dios, pero nulas ante los hombres. René las ignora, y además ¿no me he esforzado en repararlas y hacerle feliz? ¿No he tratado de hacerle la vida agradable, conformándome con sus deseos hasta en las cosas materiales? ¿No he enseñado á mi hija á amarle? ¡Dios mío! ¿No permitais por lo menos que cuando Juana haya crecido lo bastante para conocer á fondo á sus padres, los vea desunidos!...

«¡Cuán dulces encuentro los domingos! Los aguardo como el pobre minero que cansado del trabajo de la semana espera el día que le restituye el sol, la sombra de los bosques y la inmensidad de los cielos. Asisto á la Misa. ¡Preciso es desearla siempre y no oirla sino raras veces, para sentir la grandeza de su valor y saber cuán grato es orar en la presencia de Dios, en unión con la Víctima santa inmolada sobre el altar! ¡Cuán dulce, cuán confiada se exhala la oración á los pies del Señor! ¡Allí olvido las penas, las contrariedades que me asaltan á menudo; recobro fuerzas, y las tristezas de la vida me parecen tan ligeras y tan cortas!

«Mi Juana ora con el fervor de un ángel; es aficionada á la iglesia, y me alcanza de su padre favores que yo no me atrevería á pedirle. Hace algún tiempo que preparándose para su primera Comunión, ha pedido permiso para ir á las Vísperas, tan abandonadas hoy por desgracia. Las dos asistimos á esos cantos llenos de poesía y ternura. David ha escrito para los que sufren, y cuando esas quejas armoniosas resuenan bajo las bóvedas, me parece que una voz amiga me consuela y que un alma también amiga sufre conmigo. ¿Y la *Salve Regina*? ¡Cómo me arrebatan sus acentos melancólicos! Si yo no tuviera á mi hija, ¡oh! ¡cuán feliz sería con ver acabarse el destierro de esta vida! Mas el lazo que me une á

René es el mismo que me sujeta á la tierra.

«Mi pobre marido ha tenido hoy conmigo la salida más extraña que cabe, á propósito de un librito piadoso é inocente que ha encontrado en mi aposento. Este libro ofrece algunos giros de lenguaje ó frases que no son familiares y pueden causar extrañeza. René ha hecho de ello un cargo al autor (que hace tiempo está en la paz del Señor,) y á mí que me alimento, ha dicho, de lecturas románticas aún en cosas de piedad. Nunca hubiera sospechado que estos *Soliloquios* pudieran ser para nadie objeto de escándalo. He sufrido según costumbre, estas inventivas dirigidas parte á mí, parte al autor; pero al asistir al *auto de fe* de mi obrita no pude menos de sentir cierta opresión de corazón. Hé aquí otro sacrificio... ¡cómo ha de ser! otros mayores he hecho, y la última injuria parece siempre la más difícil de aguantar.

«Hace algun tiempo que vemos poco á Julia. Se va volviendo triste; los años le han arrebatado despiadadamente los últimos restos de la belleza, con amargura de su corazón. Su salud también se resiente, y su carácter ha perdido el donaire y atractivo de otro tiempo. Me da tanta lástima, que llego hasta quererla. Dios mío, Vos que me habeis restituido á vuestro seno, aunque indigna, ¿tendréis menos misericordia de ella, Vos que todo lo podeis, menos dejar de compadeceros de los extraviados?... Yo haré rogar por ella á Juana y encargaré también oraciones á Teresa, que tantas ha elevado al cielo por mí.

«Algunas veces, hojeando las páginas de mi vida pasada, me acuerdo de aquella conversacion que poco antes de casarme tuve con mi buena tia Delangle, que ya no existe, y á quien no conocí bien hasta que la hube perdido. Temia mi enlace con un hombre irreligioso, por cierto con razon, viendo con su experiencia y el presentimiento del amor, los graves peligros, las profundas penas que me aguardaban. Poco faltó para perder la fe. Tuve pensamientos culpables, iba á naufragar; pero el Señor me tendió la mano y me ha salvado. Al llegar al puerto me ha quedado un deber que cumplir; pero este cumplimiento es muy difícil... ¡la conversion de mi marido! Hé aquí el punto de direccion de mis afanes; pero ¡cuán lejano está y cuán penoso es el camino!

«Temo ser un obstáculo para René; siento todo lo que me falta para presentarle á sus ojos la belleza eterna: mis faltas, mis imperfecciones me desalientan, cuandopiensó que ahuyentan á quien quisiera ganar... Yo siento mis debilidades, conozco mis defectos; pero él también los siente y

los conoce, y hace responsable de ellos á la Religion, que en su concepto no ha sido capaz de corregirlos... Estos pensamientos, en medio de la soledad de corazón en que vivo, me persiguen y me abaten...

«No tengo otra dicha que esperar sobre la tierra sino un poco de simpatía por parte de René, y esta dicha huye ante mí á medida que avanzo... ¿Qué es, pues, lo que nos ha separado? ¡Le he amado tanto! Tanto, que si él hubiese querido, ninguna otra imagen hubiera ocupado nunca mi pensamiento. ¿Por qué, pues, se me niega un amor tan fácil, tan legítimo, tan inofensivo para los demás? Su volubilidad lo aparta de mí, pero hace ya algunos años parece que algun obstáculo se haya interpuesto entre nosotros, que una mano fria nos haya alejado al uno del otro, y esto en momentos en que nuestra hija, que va creciendo, que necesita de los consejos del padre y del cariño de la madre, hubiera debido hallarnos acordes... ¿Qué ha pasado? ¿Qué importa? ¿Para qué descifrar este enigma? El Señor ha permitido todo cuanto ha pasado para mitigar un afecto demasiado vivo, demasiado sensible, para castigarme. Sea todo por Dios; pero ¡que á lo menos llegue un día en que el esposo, la esposa, los padres y la hija se hallen unidos en una misma fe y en un mismo amor!

«René me ha dicho hoy que Julia guarda cama y que está de cuidado. Iré á verla; pero ¿cómo es que esta visita me repugna? Nunca he querido sondear ni su vida ni sus secretos; sin embargo, hay un hecho que no puedo disimular: desde el momento que esta mujer se hizo la amiga de la casa, y se familiarizó con nosotros, el carácter de mi esposo ha cambiado, y desde entonces me trata con una dureza que yo no acierto á explicarme. ¿Habrá influido en su ánimo contra mí? me habrá rebajado á sus ojos? me habrá puesto en mal lugar? Lo ignoro; pero... ¡qué! Hay que perdonarla, hay que consolarla... ¡Ay! ¿Por ventura estoy yo sin mancha para mostrarme severa con los demás? ¿Es mi conducta tan irreprochable que no esté obligada á perdonar?»

XIII.

La última hora.

El aposento de Julia como toda su casa estaba arreglado con elegancia extremada, y presentaba una fisonomía risueña y coquetona que solo es propia de la juventud, y que forma un cuadro extraño cuando llega la hora del sufrimiento y de la enfermedad. El aposento revestía principalmente aquel sello frívolo que denuncia á la

véz falta de gusto y buen sentido. El mueblaje y tapicería eran de color verde apagado, las mesas en su mayor parte pintadas de rosa y al estilo de Luis XV, con muchas hojas y relieves; los cuadros chillones con asuntos y figuras paganas; mil bagatelas indias, chinescas, romanas árabes, que protestaban de hallarse juntas; frente á la ventana el retrato de Julia de cuerpo entero, á los veinte años; tal era en conjunto la habitación de esta señora.

Tristemente sentada junto á la chimenea, con los ojos fijos, tan pronto sobre el reloj de sobremesa, cuyo péndulo le parecía muy lento y muy rápido á la vez, tan pronto sobre el retrato, que le recordaba cruelmente sus primeros triunfos, Julia desfallecía bajo el peso del sufrimiento y de la melancolía. Sus fuerzas se rendían al influjo de un mal secreto, y su corazón estaba oprimido por una angustia inexplicable. Estaba sola; su familia, para quien ella no había vivido, iba á verla por bien parecer, á ciertas horas; amigos, no los tenía; una camarera que calculaba acaso sobre su rostro los progresos del mal, la cuidaba con asiduidad, pero sin muestras de afecto; no más placeres, no más diversiones no más tocador: Julia se encontraba frente á frente de sí misma, entre un pasado que no era más que amargura, y un porvenir cuya sombra espantosa trataba en vano de apartar. La infeliz no pensaba, desvariaba, pero con frecuencia vivos dolores le volvían al mundo de la realidad.

—¿Nadie viene á verme hoy? preguntó á su camarera que acababa de entrar.

—Hé aquí las targetas de algunas personas, entre ellas hay la de la Sra. de Rymbault, la cual deseaba verla á V., señorita.

—¿Por qué no la has hecho entrar?

—Como V. descansaba...

—Bueno; si vuelve ruégale que pase á verme.

—¡Leontina! dijo en voz baja cuando la camarera hubo salido, no la quiero mucho, pero al fin es un rostro humano...

A las primeras horas de la tarde se presentó Leontina. Las dos se abrazaron; y pasados los primeros cumplimientos aquella miraba á hurtadillas el semblante de Julia. Un claro rayo de sol de otoño, atravesando una cortina de seda color de rosa, acicalaba su frente y sus mejillas con un brillo engañador; pero cuando para calentar sus manos que temblaban, hubo cambiado de sitio, Leontina quedó pasmada al ver los estragos que la enfermedad había dejado impresos en aquella cara antes tan risueña y arrogante. El color pálido, los ojos apagados, los labios secos, en una palabra, Leontina observó todos esos signos crueles que presagian una próxima des-

truccion; y aunque no amaba á Julia, su corazón se oprimió, le tendió la mano, y algunas lágrimas involuntarias surcaron por sus mejillas.

—Debes encontrarme muy cambiada, dijo Julia dirigiendo sobre el espejo una mirada que no se atrevió á sostener.

—Me parece que sufres bastante, contestó Leontina con su sinceridad habitual.

—Si por cierto; no tengo ya fuerzas, las piernas me faltan, apenas puedo moverme de este sofá: de noche no duermo; lo paso consultando mi reloj, admirada siempre de que sea tan temprano. ¡Si supieras cuan largas son para mí las horas! De día aguardo al médico, á quien continuamente quisiera tener á mi lado, pues me anima cuanto puede.

—¿No te entretienes con algun libro?

—Lo he probado. Mira, ahí está una novela de Alejandro Dumas, pero me cansa; no puedo seguir las idas y venidas de todos esos personajes.

—Lo creo perfectamente.

—Aquí tengo otro pequeñito de Jorge Sand: lo he leído y me pone más triste; toda esa gente después de algunas penas que pasan pronto, es feliz: se trata de personas que se aman, son jóvenes... mientras que yo...

—¿Quieres que te lea yo alguna cosa?

—¿De la «Vida de los Santos»?... No, gracias.

—No; no se trata de este libro, por más que sea muy agradable: ¿quieres que te lea el capítulo de «Las Campanas», de Chateaubriand ó «La Siberiana», de Javier de Maistre, por ejemplo?

—Como quieras, contestó Julia apoyando la cabeza sobre el respaldo del sofá; pero vuelve.

—Te lo prometo.

Haciendo esta promesa y sus ofrecimientos, Leontina luchaba victoriosamente contra la poca simpatía que Julia le inspiraba. La vista de sus sufrimientos y el cambio funesto que se había obrado en ella le habían arrancado algunas lágrimas, tributo de compasión del ser humano: en cambio, considerando el egoísmo y frivolidad que esta alma conservaba hasta en la proximidad de la muerte, á la compasión involuntaria había sucedido cierta repulsión inspirada por el razonamiento; pero Leontina, fijando la vista sobre el divino Maestro, que legó la caridad á la tierra, reflexionó, oró, se exhortó á sí misma, y determinó ser para Julia lo que ésta buscaba inútilmente á su alrededor.

(Continuará.)